

## EL DOCTOR NICOLAS ESGUERRA

ACUERDO NUMERO 15 DE 1923

*La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,*

con motivo de haber fallecido hoy en esta ciudad el señor doctor don Nicolás Esguerra,

### CONSIDERANDO:

1.º Que este ilustre colombiano fue colegial, doctor, catedrático y rector del Colegio del Rosario, al cual profesó siempre filial afecto, interesándose por su honra y engrandecimiento y prestándole valiosos servicios;

2.º Que honró a la República, desempeñando los más elevados cargos con noble inteligencia, rígida probidad y acendrado patriotismo;

3.º Que en su vida privada fue un modelo como miembro de familia y un ornato de la sociedad por la austeridad de sus costumbres, su benevolencia y la gentileza de su porte; y coronó todos estos méritos con una muerte, no sólo cristiana, sino edificante,

### ACUERDA:

1.º El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario deplora profundamente la muerte del señor doctor don Nicolás Esguerra, la considera como una pérdida irreparable y tributa a la memoria de su esclarecido hijo un homenaje de afecto y gratitud.

2.º La Consiliatura pondrá una corona de flores sobre la tumba del doctor Esguerra, representará a la comunidad del Colegio en las exequias, invitará a ellas y comisionará a uno de los catedráticos para que hable en el cementerio a nombre del Claustro.

3.º Un retrato al óleo del doctor Esguerra se colocará por cuenta del Colegio en la galería de los rectores.

4.º Copia de este acuerdo se enviará por el secretario a la familia del finado.

Dado en Bogotá, a 23 de diciembre de 1923.

RAFAEL M. CARRASQUILLA

*Carlos Lozano y Lozano*, Secretario.

## DISCURSO

DEL DOCTOR LUIS MARIA MORA ANTE EL CADAVER DEL DOCTOR NICOLAS ESGUERRA

Señores:

Ayer, antes de las primeras luces del alba, el señor doctor Esguerra, en mar bonancible, con la cruz por bandera, apartó silenciosamente su barca de estas nuestras riberas, en busca de otras playas, en donde callan todos los ruidos terrenos y a donde no llega nunca el áspero estridor de las bajas y estériles pasiones de los hombres.

El señor Rector del Colegio del Rosario ha confiado a mis flacas fuerzas las breves palabras de despedida del ilustre anciano, en nombre del claustro, y a la verdad que siento en este momento la turbación del soldado a quien se entrega, sin calcular sus bríos, la defensa de un puesto de honor.

El venerando Instituto de fray Cristóbal de Torres y el apretado hogar de sus claros hijos hacía muchos años que no experimentaba un duelo de tan grandes y tan hondas proporciones. En todas las épocas el Colegio del Rosario vio en el doctor Esguerra uno de los más altos jalones de su larga existencia al través de los siglos, y cuando en la más hermosa de las fiestas

del Colegio el doctor Esguerra, con mano temblorosa descubrió, en 1909, la estatua del eximio Fundador, todas las frentes se inclinaron a su voz, como a la de Néstor, que vivía con la tercera generación y de cuyos labios sólo se oían palabras de verdad y sabiduría.

Desde el día en que sobre su pecho brilló la blanca beca y el noble escudo negro y blanco de los caballeros de Calatrava, no cesó de amar un día al grande Instituto, tres veces secular, y en él se acendrabá con los años el espíritu de ciencia, de virtud y amor a la República, que constituye el título más preclaro de los hijos de fray Cristóbal. El doctor Esguerra representaba el límite preciso de dos épocas, la muy agitada que precedió a 1896, y la que siguió a aquélla, y en medio del claustro su severa figura se alzaba sosteniendo un estandarte de paz, de meditación y benevolencia.

El doctor Esguerra nunca bastardeó de la augusta estirpe de repúblicos que en el Colegio del Rosario formaron su carácter para las graves y magníficas luchas de la guerra magna. A semejanza de sus antepasados en el foro, él hubiera ofrecido la vida por la Patria como Camilo Torres, y tuvo siempre como don Ignacio Gutiérrez Vergara, la idea de que el deber y el sacrificio no se renuncian nunca. Su probidad política, su probidad profesional, su probidad social, hicieron del doctor Esguerra un modelo de hermosura insuperable; diéronle ascendente sin rival en su partido; su luminosa sombra les trazaba certero camino a sus copartidarios, y el lodo que suele salpicar la frente de los hombres públicos jamás alcanzó hasta su cabeza, a donde sólo llegaban las blancas espumas de las más altas olas. A grandes y pequeños nos deslumbra el brillo de las espadas en la guerra; pero este brillo, que ofusca, desaparece en breve, al paso que estos sencillos y graves conductores de almas, se van agrandando

cada día más en la conciencia pública y llegan a ser una cumbre de justicia y una síntesis del espíritu nacional. Y ya veis vosotros cómo hombres de opuestos bandos vienen a arrojar hoy con hondo sentimiento un puñado de rosas sobre el sepulcro recién abierto.

La juventud le debe mucho al doctor Esguerra, pero más que las cátedras de derecho que leyó en San Bartolomé, más que su fructuoso rectorado en el Colegio del Rosario, al cual llegó en 1871, más que cualesquiera otras formas de enseñanza, su cátedra más fecunda y brillante fue la cátedra de su propia vida. Nada valen altisonantes declamaciones, si no las anima el fuego de la sinceridad, porque como dice admirablemente el libro de Kempis, «más deseo la contrición que saber definirla.» Fue el doctor Esguerra como el buen agricultor que labrando siempre el surco nunca vuelve atrás la mirada.

En las constituciones de fray Cristóbal de Torres creía hallar el doctor Esguerra la pauta de la verdadera democracia. «Modelo son esas constituciones de precisión y de orden, decía, y allí pueden beberse las más sabias enseñanzas sobre la organización del Gobierno. Nada se aventura al decir, agregaba, que esas constituciones han tenido grande influencia en nuestra forma republicana del Gobierno, y que la juventud salida de los claustros del Colegio del Rosario, lleva en la mente y el corazón, grabados de modo indeleble, los principios del gobierno electivo, representativo y responsable, y la división fundamental de las ramas del gobierno, no menos que la idea de rechazar, aun en parte de la autoridad suprema todo lo que salga de los límites fijados por las constituciones, o sea, el abuso del poder en cualquier forma.»

Y si el doctor Esguerra fue siempre fiel a las constituciones del Colegio del Rosario, no fue menos fiel en el servicio desinteresado de la Patria, y sirviéndole a ella dobló la cabeza sin reclamar un instante de descanso.

Si como hijo del Colegio del Rosario y como descendiente de limpia prosapia el doctor Esguerra fue dechado de caballeros, no guardó menos limpios tampoco sus títulos de verdadero cristiano. Su corazón inagotable de recursos de caridad jamás tuvo límites para el bien, y en «La República» de ayer os ha dicho una voz autorizada cómo en una bella ocasión se le vio acudir a la defensa de la Venerable Orden de San Francisco, y cómo los hijos del Pobrecillo de Asís lo llevaron en hombros, a tiempo en que turbas hostiles escarnecían al generoso abogado.

¿Y quién pudiera dudar un momento de la sinceridad de las creencias religiosas del doctor Esguerra? La firmeza de su fe corría parejas con la claridad de su entendimiento. En 1909 pronunció un donoso discurso en el Colegio de las señoritas Esguerras, sus atreadas sobrinas, como él listas siempre a curar las ajenas dolencias, y es en él donde mejor se transparentan las ideas pedagógicas que profesaba desde tiempo atrás. «Poderoso auxiliar en la vida son las ciencias, decía en aquel entonces, y grata ocupación el estudio de ellas; pero no a todos les es dado este goce, ni en todos los cerebros hay hospitalidad para aquel huésped; a tiempo en que en todos los corazones cabe la doctrina de Cristo, y ella por su sencillez y dulzura, como por la santidad de su origen, penetra en todos los cerebros, desde el humilde obrero hasta el del alto potentado, y tiene el poder de hacer de lo malo bueno, de lo bueno mejor, y de elevar al hombre sin alcanzar nunca a su prototipo, hasta las más altas virtudes. Para esta doctrina no se necesita de gran preparación; los corazones están siempre dispuestos a recibirla y la virtud puede anidarse aun en los que hayan sido más depravados, por cuanto a la doctrina de que vengo hablando la informa la idea sublime de redención, tanto más gran-

diosa cuanto más grave ha sido la caída. Por eso vemos en el sexo débil elevarse del fango a donde había descendido la más desgraciada pecadora, hasta merecer la predilección del divino Maestro.»

A medida que iba avanzando la edad del doctor Esguerra, si su cuerpo se debilitaba, ganaba en temple su energía. La proximidad del sepulcro irradiaba su luz sobre la frente del noble anciano, y el manto misericordioso de lo infinito, que ya lo envolvía en misteriosas diafanidades, lo hacía tender más y más a la altura, como el águila que en el tope del monte, apenas la luz lo invade todo, siente la necesidad invencible de batir el espacio con sus alas.

Desde la cumbre de su ancianidad hermosa, el doctor Esguerra pudo ver el largo panorama de los acontecimientos durante mucho más de medio siglo. Observó qué tan inconstante es la rueda de la fortuna, y qué tan oscuros y falibles son los juicios de los hombres. Algunas veces vencido, pero no humillado, y una vez y otra vez elevado al altísimo puesto que de derecho le pertenecía, pudo apreciar qué tantos secretos guarda el porvenir a los ojos humanos. Debió considerar también qué tan poco duradero es el fuego de las malsanas pasiones que todo lo arrasan, y qué poco vale el pasajero aplauso de las multitudes. Muchos ídolos rotos, muchos altares caídos, muchos devotos nuevos en iglesias nuevas, y muchos apóstatas de credos que parecían eternos, todo eso debió pasar ante los escrutadores ojos del anciano en sus últimos días.

La serenidad, el más preciado dón de las almas grandes, dio al doctor Esguerra la placidez luminosa de su rostro, y sus creencias religiosas le hicieron esperar la muerte, no como una desaparición definitiva, sino como un tránsito a la vida verdadera.

Los fastos del Colegio del Rosario han escrito como fecha afortunada la del nacimiento del doctor Esguerra, y en esos fastos, archivo glorioso de la República, todo tiene los caracteres de un perpetuo renombre.